

INSTRUCCION

SOBRE

LA NECESIDAD DE UNIR Á LA SUMISION DE CORAZON

LA SIMPLICIDAD DE ESPÍRITU.

PARA LA TERCERA DOMINICA DE CUARESMA.

(DE COCHIN.)

Estaba Jesus lanzando un demonio, que era mudo... Mas algunos dijeron: en virtud de Belzebú, principe de los demonios, lanza los demonios.

S. Lucas, e. 11. v. 14 y 15.

No hay un vicio, hermanos míos, que ponga mas obstáculo á la santificación que la preocupacion y la envidia. ¿Por qué otra causa Israel, testigo tantas veces de los milagros de Jesucristo, tiene la desgracia de endurecerse y de desconocerle? ¿Por qué otra causa los fariseos abusan del prodigio de que habla el Evangelio de este dia, para tratarle como un seductor que trae todo su poder de Belzebú, príncipe de los demonios? Hermanos míos, ellos estaban impresionados de las primeras ideas que se habian formado del Mesías; estaban preocupados contra su persona á causa de la oscuridad de su origen, de la pobreza de sus padres y de su simplicidad exterior; estaban ofendidos de la oposicion continua que manifestaba Jesucristo respecto de su conducta y acciones; y así se dejan arrastrar de la prevencion y de la envidia.

El remedio de la ignorancia es la propagacion de las luces, y aún el odio cede á los beneficios; pero la preocupacion se mantiene firme contra los testimonios mas públicos y palpables. Veréis á Jesucristo en el santo Evangelio que multiplica sus milagros; que se hace mas accesible al pueblo; que habla á todos con miramiento y con bondad; que se comunica á los fariseos, aún á los mas encarnizados en perseguirle; que frecuenta sus casas; que se sienta en sus mesas; y sin embargo no veréis que estos hombres abran los ojos y le hagan justicia. Precavámonos pues, cristianos, de que nos dominen la envidia y la preocupacion. Acordémonos de que uno de los caracteres mas esenciales del cristiano es la simplicidad. Desconfiemos de ese espíritu de orgullo que quiere profundizarlo todo, raciocinar sobre todo, y juzgar indiscretamente de cuanto se le pone delante. Nosotros pertenecemos á Dios por todo lo que somos, y no podemos agradarle, sino cuando juntemos á la sumision del corazon la simplicidad del espíritu. Procuremos pues fortalecernos en estas disposiciones, meditando el Evangelio de este dia, que es en extremo útil é interesante. Prestádmeme vuestra atencion.

La enfermedad que se presenta hoy á Jesucristo, era de muy distinta naturaleza que las demas que habia curado. En otras ocasiones habia lanzado los demonios, habia dado oído á los sordos y habla á los mudos; pero hasta ahora no se le habia presentado un enfermo que reuniese estos tres accidentes.

Los evangelistas están acordes en hacernos notar que este era un artificio del espíritu de las tinieblas, para sustraerse del poder de Jesucristo; como si el Autor de la naturaleza no tuviese poder para hacerse oír de las criaturas mas insensibles. Expliquemos estas primeras palabras del Evangelio. *Estaba Jesus lanzando un demonio, y este era mudo.* Todo pecador está bajo del imperio del demonio, pues que siempre obra por sus inspiraciones y se presta á los movimientos que le sugiere: hablo de los pecadores, cuya voluntad consiente formalmente en el mal. Sin embargo todo pecador no es sordo ni mudo en el momento que se entrega á la iniquidad. Cuando empieza á darse al pecado, todavía oye el grito de la conciencia, se atemoriza de la voz que se levanta contra sus desórdenes, y habla el lenguaje de la conversion y la penitencia. Cuando Jesucristo habla, bien sea por el medio de secretas inspiraciones, ó por

sucesos maravillosos y extraordinarios, ó por el órgano de sus ministros, aún hace su palabra algun efecto: el pecador á lo ménos se asusta y se conmueve; y si no se convierte, forma proyectos y deseos de conversion y de salvacion. Pero por el contrario se ve reducido al estado de este hombre del Evangelio, cuando ha llegado á formar costumbre, y cuando se ha familiarizado con el crimen. Entónces habla Dios, y no le oye; se explica la conciencia, y no la escucha. El hombre ya no sabe llorar su estado ni solicitar el remedio; ya no puede resistir la impresion de las pasiones de que se ha hecho un vil esclavo. Tiemblen, hermanos míos, los que ya experimentan los tristes efectos de este estado; y aunque no es tan desesperado que carezca absolutamente de remedio, teméd, pecadores, sus funestas consecuencias: hoy sana Jesucristo á este hombre, tanto para vuestra instruccion, como para vuestro consuelo; y mediante que con tanta generosidad le libra de sus enfermedades, tambien puede restituiros el uso de todas las facultades que habéis perdido por el pecado.

El primer movimiento que produce este triple milagro en el pueblo, es un sentimiento de admiracion; pero como siempre se hallan espíritus orgullosos que, ó nada quieren creer, ó se avergüenzan de pensar como los demas hombres, este milagro sufrirá tambien sus contradicciones. Hay algunos que no se atreven á combatir y atacar la verdad; pero tampoco examinan el principio y la causa de ella. Si no hubiesen presenciado los fariseos el prodigio que se acaba de obrar, hubieran empezado por negarlo absolutamente, ó por ponerlo en duda, atribuyendo la fama de esta maravilla á la credulidad del pueblo, que se deja sorprender fácilmente; pero ellos han sido testigos del estado de este hombre, y ahora lo son de la mudanza que obra en él la palabra del Salvador. ¿Cuál será pues el partido que tomen, para disminuir en el espíritu del pueblo la autoridad de este milagro? *Algunos de ellos dijeron: en virtud de Belzebú, príncipe de los demonios, lanza los demonios.* ¿Qué dignos son, hermanos míos, de compasion aquellos que han formado la costumbre de contradecir las obras mas santas y las acciones mas loables! ¿Por qué causa no han de convenir en el bien, cuando es evidente é indudable? ¿Por qué formarse el principio de no alabarlo jamas? Hablo con ciertos espíritus duros y feroces, insufribles por temperamento y por orgullo, y

para quienes nada es bueno y útil sino lo que han pensado ó ejecutado. Ah, cristianos! si estáis animados de la caridad, ¿debéis conocer otros intereses que los de Dios, los de la verdad y la virtud? Las cosas que miran á la gloria del Señor, al engrandecimiento de su reino y á la edificacion de vuestros hermanos, ¿no merecen vuestra atencion y vuestros elogios? Rezelosos siempre del pecado, ¿no debéis alabar todo lo que lleva la marca y el carácter de la virtud? Pero llevemos adelante el discurso, porque Jesucristo guarda, segun parece, silencio sobre esta primera acusacion. Entre la multitud que le rodea, hay algunos demasiado temerarios que le piden, para probarle, señales del cielo: como si el lanzar un demonio, dar oído á un sordo y habla á un mudo, no probasen sobradamente la extension de su poder. Jesucristo habia ya respondido á semejante peticion, haciéndoles notar un prodigio que debian ver despues, aunque con la mayor indiferencia; á saber, á Jonas, conservado milagrosamente por tres dias en el vientre de la ballena y vuelto á la vida, figura de su sepultura y resurreccion. Hoy pues le acusan de que lanza los demonios en virtud de Belzebú, y para combatir esta insidiosa acusacion, se sirve de un principio incontrastable. *Todo reino, les dijo, dividido contra sí mismo, será assolado, y caerá casa sobre casa.* Jesucristo, sin detenerse á oír su respuesta, les hace otra pregunta mas convincente todavía. *Si yo, les dice, por virtud de Belzebú lanzo los demonios, vuestros hijos ¿por quién los lanzan? ¿acaso por Dios, ó por el demonio?*

Esta es la única vez que se habla en el santo Evangelio del poder concedido á los hijos de los hebreos de arrojar los demonios. Para ilustrar este pasaje me parece conveniente daros una idea del origen de este poder. Salomon por la sabiduria que el Señor le habia comunicado, habia adquirido conocimientos superiores á todos sus antepasados, y entre otros el maravilloso secreto de lanzar los demonios, aplicando, dicen los comentadores, ciertas plantas y oraciones, á las cuales habia concedido el Señor esta virtud. Dios quiso tambien que este poder se trasmitiese solo á los niños, porque la inocencia y la simplicidad de su corazon les hacian superiores á todos los demas para mandar al demonio; y así nos refiere el historiador Josefó muchos prodigios de esta especie, de que fué testigo, y que Jesucristo mismo confirma con estas palabras: *vuestros hi-*

jos ¿por quién los lanzan? Hé aquí, hermanos míos, las palabras y las razones poderosas de que se vale Jesucristo para convencer á este pueblo incrédulo; pero él las desprecia cada vez mas obstinado. Si á lo ménos su silencio fuese un testimonio de su docilidad, todavía pudiera disculpárseles; pero no callan sino para meditar nuevos sofismas, y así Jesucristo falla su condenacion, diciéndoles: *por esto serán ellos jueces de vosotros.* ¡Cuántas veces, hermanos míos, podríamos dirigir á los padres y madres esta amenaza: vuestros hijos serán vuestros jueces! Sí, padres ciegos y contemplativos, que con el pretexto de contemplar á vuestros hijos, dejáis crecer en ellos las disposiciones mas criminales, y toleráis que se fortalezcan en las inclinaciones mas corrompidas. Sí, padres arrebatados y coléricos, que por un exceso enteramente contrario, apagáis en el corazon de vuestros hijos las semillas de la virtud, que el Señor habia sembrado en ellos, y les ponéis el yugo de una dependencia insoportable. Sí, padres ambiciosos y emprendedores, que no aspiráis sino á elevar á vuestros hijos á puestos superiores á vuestra propia fortuna, para los cuales no han recibido ni disposiciones ni talentos. Sí, padres escandalosos, que sois con vuestros ejemplos los primeros corruptores de vuestros hijos: ellos serán jueces de vosotros. No esperarán, no, para pronunciar su sentencia y condenacion, el dia de la manifestacion universal: desde ahora mismo con sus graves desórdenes, con su escandalosa altanería, con el desprecio y la ingratitud con que pagan vuestros cuidados, os increpan el abuso de la autoridad paternal, y dan un público testimonio de la mala educacion que han recibido.

Jesucristo parece debia suponer que los judíos, por mas incrédulos que fuesen, dejarían su incredulidad á la fuerza de tales razonamientos; y así les dice: *si con el dedo de Dios lanzo los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado á vosotros.* Como si dijese: yo no lanzo los demonios en nombre de Belzebú, porque seria temeridad pensar que el demonio trabajase en destruir su propio imperio. Vuestros hijos hablan en nombre de Dios, cuando mandan á ese espíritu; pues ¿por qué os obstináis en cerrar los ojos á los efectos de su poder, mientras que el reino de Dios está en medio de vosotros? Jesucristo prueba la existencia de este reino con la comparacion siguiente. *Cuando el fuerte armado guarda su atrio, en paz están to-*

das las cosas que posee; mas si sobreviniendo otro mas fuerte que él, le venciere, le quitará todas sus armas, en que fiaba, y repartirá sus despojos. Cristianos presuntuosos, este fuerte armado es el demonio: Jesus, al darle este nombre, ha querido enseñarnos á temerle; pero al mismo tiempo advierte á los cristianos tímidos, que este otro hombre mas fuerte que él, es Jesucristo mismo, el cual ha querido tomar esta cualidad para fortalecer su confianza. El demonio es el fuerte armado; pero ya que somos tan frágiles y débiles, no intentemos combatirle con nuestras propias fuerzas. El demonio es muy hábil para defender sus conquistas, y procura mantener una calma peligrosa en el alma á quien ha dominado; pero si queréis sacudir este yugo, llamád en vuestro socorro al mas fuerte y mas poderoso que él: llamád á Jesucristo, que os ayudará á quitarle todas sus armas y á repartir sus despojos. *El que no es conmigo, contra mí es; dice despues Jesucristo; y el que no coge conmigo, esparce.* Meditad, hermanos míos, atentamente estas palabras. ¡Qué desgracia para un cristiano no estar con Jesucristo, pues que en él está nuestra fuerza, nuestra salvacion y nuestra vida! Pero ser contrario de Jesucristo, tener á Jesucristo por enemigo, es el colmo de las desgracias. No digáis, mis hermanos, que hacéis bastante con absteneros de esos vicios vergonzosos que degradan la humanidad, y que podéis permitirlos sin peligro algunas flaquezas, que no llegan á corromper el fondo del corazon. Yo en este caso solo quiero haceros una pregunta: ¿estáis con Jesucristo, cuando llenos de orgullo y de amor propio, sois insensibles á la necesidad de vuestros hermanos, cuando os alejáis de la mortificacion y de la cruz, cuando tentáis vuestra sensualidad en las comidas, cuando tenéis una exquisita delicadeza y refinamiento en los vestidos; cuando os dejáis llevar de la crítica, la maledicencia y la mentira, y sois tímidos y lánguidos en el servicio de Dios? ¿Reconocéis en estos defectos alguna conformidad con Jesucristo? No creo, hermanos, que llegue á tanto vuestra temeridad: la conciencia misma seria entónces quien os arguyese. Pues sin embargo de esto vivís en oposicion con Jesucristo, porque no hay medio en estos dos extremos; ó con él, ó contra él. ¿Queréis saber, mis hermanos, cuál es el peligro de una vida, que sin ser abiertamente criminal, es del todo inútil á los ojos de Dios? Escuchád vuestra condenacion, almas frias, perezosas y pusilánimes: *el que no*

coge conmigo, esparce, dice Jesucristo; esto es, yo siembro en la aflicción, en la amargura, en la penitencia, para recoger en la alegría; vosotros sembráis en la delicadeza, en los placeres, en la abundancia, y así no recogéis sino en la amargura: yo enseño á llevar la cruz, á contradecir los apetitos, á caminar en el camino estrecho, y este es el camino único que indico para llegar á la vida; vosotros teméis las aflicciones, rehusáis los trabajos, satisfacéis vuestras inclinaciones; pues ya renunciáis á la corona. Jesucristo pasa insensiblemente del espíritu al corazón: al espíritu le habla con razonamientos sólidos y ahora va á hablar al corazón con verdades poderosas y eficaces; y en esta conducta me parece, hermanos míos, que ha querido indicarnos el orden que debemos seguir en la reforma de los vicios. Hay algunos pecadores que quieren acreditar en el mundo sus talentos, afectando un aire de incredulidad y de duda sobre todas las materias de Religión. Cuando vienen á nuestros tribunales, ó bien instados de sus remordimientos, ó porque la necesidad de las circunstancias lo exige así, la primera idea que nos dan de su estado, es una manifestación de todos los principios de incredulidad, para probar que no sin razón se han dejado seducir. Se imaginan que vamos á hacer del tribunal de justicia un lugar de controversia, y se engañan ciertamente. Jesucristo nos enseña hoy la conducta que debemos tener en estos casos. Después de haber hablado á su espíritu lo que se necesita para conocer el origen de su incredulidad, quiere que pasemos prontamente á su corazón, y que les probemos, que los errores que padecen en sus opiniones y en la creencia de los divinos misterios, son efectos de sus enormes vicios. Aquellos pues, hermanos míos, que llevando una vida desarreglada y anticristiana experimentan violentas dudas sobre la Religión, estudien la situación de su corazón, y verán por sí propios, que si estuviese bien ordenado, no se mantendría mucho tiempo el espíritu en sus incertidumbres; y como estas regularmente se reproducen por las frecuentes recaídas en el pecado, Jesucristo combate estas reincidencias con las siguientes palabras: *Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares secos buscando reposo; y cuando no lo halla, dice: me volveré á mi casa de donde salí.*

Pecadores que me escucháis, vosotros que con ocasión de este tiempo santo de penitencia, deseáis la conversión y pro-

metéis volveros á Dios, si el Señor os concede la gracia suficiente para vivir según las reglas que ha establecido en su Evangelio, acordaos que aunque el ministro pronuncie la sentencia de reconciliación y de gracia, no lo habéis hecho todo sin embargo. El fuerte armado habrá salido de vuestro corazón; pero no habrá renunciado tentaros y perseguiros, y á medida que vuestra alma sea mas pura, que sean mas generosos vuestros esfuerzos y mas sólidas vuestras resoluciones, él manifestará mas solicitud para encadenaros otra vez. Me parece que estoy oyendo á este león infernal rugir al rededor de nuestros sagrados tribunales en estos días de penitencia, y vomitar contra los pecadores esta terrible amenaza: yo me haré dueño de esos corazones de donde se me quiere arrojar; ellos no vivirán siempre en el fervor: los ministros no estarán á su lado continuamente para exhortarlos é instruirlos; pasarán estas fiestas, y los misterios no les harán impresiones tan sensibles. Yo entonces me aprovecharé de su flaqueza para vencerlos. Jesucristo, hermanos míos, nos hace una exacta descripción de los medios de que se valdrá este enemigo para sorprendernos, á fin de que los evitemos con toda vigilancia. El fuerte armado esperará el momento en que vuestra alma purificada de todas sus manchas, ya no respire sino un olor de santidad y de justicia; y para asegurarse mas de su victoria, traerá consigo otros auxiliares. Se transformará en ángel de luz, empleará la hipocresía, la mentira y la seducción, multiplicará los artificios, estudiará las inclinaciones mas favoritas de vuestro corazón, no perdonará diligencia ni fatiga, tomará consigo otros siete espíritus peores que él, y para conservar su costosa conquista, entrarán dentro del corazón y fijarán allí su morada.

¡Qué fácil es, hermanos míos, reconocer en esta pintura el efecto que produce el pecado de reincidencia, el cual es mas fácil de precaver que de curar! En lugar de una pasión de que el hombre era esclavo, le asaltan los vicios mas vergonzosos. ¿No vemos, por ejemplo, pasar un intemperante del exceso del vino á la pasión de la carne; de este desorden á las perfidias, á las enemistades, á las venganzas; de estos crímenes á la impenitencia final, y de la impenitencia á los infiernos? La causa de tantas desgracias no es la recaída? Por tanto, nos dice Jesucristo, *que el estado postrero de este hombre es peor que el primero.* Dejo para una instrucción particular el fijar vuestra aten-

cion sobre este pecado; y paso á explicar las últimas palabras del Evangelio. Jesucristo habia hablado de una manera tan enérgica, que una mujer que se hallaba presente levantó la voz, y le dijo: *bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste*. Notád, hermanos míos, que hallándose siempre en todas las instrucciones de Jesucristo muchos de los escribas, fariseos y doctores, es decir, gentes capaces de reconocer la fuerza de sus racionios y elogiarlos como merecian, callan sin embargo, ó no hablan sino para contradecirle; y es una mujer quien levanta su voz para alabarle. Nosotros, hermanos míos, esperemos tambien mas consuelos en el ejercicio del ministerio de la palabra santa de las almas mas simples y limitadas, que de los cristianos mas ilustrados é instruídos. ¿Cuántos, por ejemplo, de los que nos escuchan piensan honrar al ministro con su presencia, y que les somos deudores del trabajo que se toman para oirnos? ¿Cuántos hay que retienen muchas de las verdades que les predicamos, ó para examinar su sentido, ó para dárselo conforme á sus vicios? ¿Cuántos que hacen comparaciones odiosas entre los ministros, con el fin solo de parecer inteligentes? ¿Sabéis á quiénes debemos buscar como ministros de Jesucristo? Pues no es á los que nos alaban, sino á los que alaban al Dios que predicamos; no á los que bendicen el vientre que nos ha traído, es decir, que no estiman sino el exterior y la corteza del ministerio; que no atienden sino al talento, á la facilidad y á mil otras gracias que Dios no concede á todos; sino á los que bendicen por sus obras al Dios que nos envía. ¿Qué responde Jesucristo á esta mujer, cuando le dirige estas palabras: *bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste*? Antes *bienaventurados*, le dice, *los que oyen la palabra de Dios, y la guardan*. Sí, hermanos míos, felices los que la escuchan, y los que se hallan en un pueblo donde se presenta de tantas maneras y bajo formas tan diferentes; pero los unos la desprecian, y otros se disgustan de ella. Hay pocos cristianos que por asistir á los sermones, no sacrifiquen con gusto su descanso, sus negocios y placeres; pero oír lo que dice el predicador, y olvidarlo, es una misma cosa, y se recibe de la boca del ministro una regla de conducta, al mismo tiempo que la condenacion de las obras que se practican. Separarse del bien y afirmarse en el mal, es una de las mayores desgracias que pueden acontecer al hombre: al contrario el colmo

de la felicidad consiste en retener la palabra de Dios y practicarla.

Ó Dios mio, pues que el pueblo, cuya instruccion me habéis confiado, es fiel á su primera obligacion, hacéd que tambien lo sea para todas las restantes; y que ya que con su asistencia frecuente á la palabra santa manifiesta el amor y respeto que le profesa, pruebe asimismo este amor con sus obras, y que sea por ellas vuestra gloria y nuestro consuelo en el tiempo y en la eternidad. Así sea.